
UNA CASI ORACIÓN EN RECUERDO DE COVADONGA

No estoy muy seguro, pero creo que cada vez voy a convencerme más, de que como dijera Novalis, donde no hay dioses pululan los espectros¹. Los templos se abandonan, quedan poco menos que vacíos, cerrados casi siempre. Sin embargo –lo temía ya Thomas Mann-, la tierra firme perdida por el cristianismo “*no está siendo conquistada por el racionalismo, sino por el paganismo en sus formas más bajas, como la magia, la brujería, el descarriamiento teosófico y los engaños espiritistas*”². Mas, no deja de sorprender, que pese a celebrarse la supuesta muerte de Dios, el desconcierto aflore cuando una persona querida fallece. Y, por muy descreídos que nos hayamos vuelto, resulta que tornamos a pensar: si se ha ido ¿a dónde va? O nos preguntemos irritados ¿por qué tenía que morir? ¿Por qué ella? ¿Por qué ahora? Pero sólo nos responde el silencio, pues hace mucho tiempo que a cambio de no sabemos bien qué, en un mundo por donde pululan espectros que campean desde rutilantes neones y pantallas digitales, vagamos ayunos de las sencillas y consoladoras respuestas que confortaban a nuestros padres. Hoy quiero romper, tengo que romper ese silencio desesperanzado. Porque se ha ido Covadonga. Y lo voy a hacer en su recuerdo.

La mañana que supe de su ausencia me invadió la más profunda tristeza. Una frase de la literatura francesa, que ella bien habría sabido apreciar, resonaba una y otra vez en mi interior royéndome el corazón: “*Mais tu ne dois pas l’oublier. Tu deviens responsable pour toujours de ce que tu as apprivoisé. Tu es responsable de ta rose ..*”³. Porque yo, como su profesor que había sido tiempo atrás, consejero después en sus primeros pasos en la docencia, tenía una cierta responsabilidad por ella, la misma que el zorrito domesticado reclamaba al pequeño príncipe. Y sentía que como éste había dejado sola a su rosa en su remoto y diminuto planeta, yo no había sabido cuidar y proteger a mi antigua alumna, a mi compañera, a esa joven profesora de Egiptología de la que tanto había esperado. La dejé ir. No supe cuidarla. No fui responsable de ella. Un poco tal vez, pero no cuando más lo necesitó. No. Ya nadie me quitará, jamás, ese remordimiento. Y así hoy, por ella, en su recuerdo, en su homenaje, quiero confesarlo en estas páginas.

Pero volviendo a la sensación primera ¿dónde encontrar consuelo ante el dolor de su partida? ¿Cómo, quienes la queríamos, quienes la estimábamos, podemos hallar certidumbre, volver a sentir tierra firme bajo nuestros pies? Cuando dejábamos su cuerpo en el cementerio, al atardecer de ese día tan triste, miré al sol que suavemente empezaba a declinar y pensé en la noche que, no mucho después, reinaría en aquel rincón solitario de tan inmenso camposanto. Y me vino a la mente el tremendo poema de Isolde Kurz,

¹ Citado por H. Kurze en su obra *Thomas Mann. La vida como obra de arte. Una biografía*. Galaxia Gutenberg, Barcelona 2003: 284. Se refiere el autor al ensayo de Novalis *Die Christenheit oder Europa*, publicado sólo en 1826, bastantes años después de la muerte del poeta.

² H. Kurze.- Op. cit. (2003): 283-284.

³ A. de Saint Exupéry.- *Le Petit Prince*. Harbrace Paperbound Library / Harcourt, Brace & World, Inc., New York 1971: 88. “*Pero no lo olvides. Tú te haces responsable, para siempre, de lo que hayas domesticado. Tú eres responsable de tu rosa*” (traducción del autor).

Die erste Nacht ⁴, porque la íbamos a dejar sola allí, esa noche y las demás. Sola, mi compañera, mi antigua alumna, mi pequeña estudiante. En el cementerio, en su tumba, en soledad. Se me partía el alma. La patética tristeza sin consuelo de las estrofas labradas por la poetisa alemana me embargaba en las postreras horas de aquel último día. El último día de Covadonga, ya partida, en la tierra. Nuestro último día con ella.

¿Dónde buscar consuelo, dónde encontrarlo? ¿Acaso en el sereno escepticismo de Luciano y sus *Νεκρικοί Διάλογοι*? ¿O en la fe reanimada de Friedrich von Hardenberg, aquel Novalis de corta vida y amor constante más allá de la muerte, que en una alabanza jubilosa de la noche, con espíritu distinto al de Isolde Kurz, cantaba “*Alabada seas, Noche eterna. / Alabado seas, sueño eterno. / Nos abrasó el calor del día, / nos marchitó el largo dolor. / Lo extraño no nos ilusiona, / queremos ir al Padre, ir a casa [...]*”⁵?. Me asombro de mí mismo cuando creo sentir un sí rotundo tras el eco de la estrofa de Novalis. Tornar al Padre, volver a casa ..., Volver a abrir el templo cerrado, quizás. Quizás. Recuerdo un canto religioso que, cuando estudiante interno, subía hasta las bóvedas de la iglesia: “*Cerca de ti, Señor, quiero morar [...]*”. En el fondo, echo de menos aquella sencillez pasada, la certeza de algo, el consuelo asegurado. Y si no en una fe recobrada, siento al menos la eternidad de los sentimientos sinceros. Porque si no puedo decir, como Juan Boscán en su poema a Garcilaso, el amigo muerto, “[...] *¿Por qué al subir a lo alto que subiste, / acá en esta bajeza me dejaste? [...] si poder tuvieras / de mudar algo lo que está ordenado, / en tal caso de mí no te olvidarás. / [...] o, a lo menos, de mí te despidieras, / o si esto no, después por mí tornarás.*”⁶, pues nobleza tanta como aquel poeta no tengo, y me atan a esta tierra objetivos que cumplir, imperativos morales que atender, la defensa de una ilusión -en el fondo, excusas vanas, no más-, sí puedo al menos defender la perennidad de algo noble: los sentimientos. De mis sentimientos. De nuestros sentimientos. Así podré ser responsable de lo que no fui en su día: de ella, de su recuerdo, de no perderlo jamás. Nunca. Y volviendo al zorrillo de A. de Saint Exupéry, que Cova tan bien conocía, repetir con él: “*Voici mon secret. Il est très simple: on ne voit bien qu’avec le coeur. L’essentiel est invisible pour les yeux*”⁷. Ahora lo entiendo, ahora creo que seré capaz. La recordaré siempre, los que la queríamos la recordaremos siempre. El que debió ser responsable y no lo fue, lo será ahora. Al fin y al cabo hay esperanza porque, como escribía Novalis, y lleguemos o no, “*Zum Vater wollen wir nach Haus*”, queremos ir al Padre, a casa, donde tal vez ella nos espera, acunada en sus brazos. Más allá de la Noche eterna, más allá de las estrellas.

J. M^a Córdoba

⁴ I. Kurz.- “Die erste Nacht”, en P. Andreas.- *Im letzten Garten. Besuch bei toten Dichtern*. Gerstenberg Verlag, Hildesheim 2005: 146. La primera estrofa dice así: “*Jetzt kommt die Nacht, die erste Nacht im Grab. / O, wo ist aller Glanz, der dich umgab? / In kalter Erde ist dein Bett gemacht. / Wie wirst du schlummern diese Nacht?*”. Es decir: “*Viene la noche ahora, la primera noche en la tumba. / ¡Ay! ¿dónde está todo el esplendor que te rodeaba? / En la fría tierra se ha dispuesto tu lecho. / ¿Cómo dormirás esta noche?*” (traducción del autor)

⁵ Según la versión de A. Pau en su libro *Novalis. La tragedia de lo invisible*. Editorial Trotta, S. A., Madrid 2010: 217. La estrofa original de Novalis, que también publica A. Pau en esa misma página, dice así: “[...] *Gelobt sei uns die ew’ge Nacht, / Gelobt der ew’ge Schlummer. / Wohl hat der Tag uns warm gemacht, / Und welk der lange Kummer. / Die Lust der Fremde ging uns aus, / Zum Vater wollen wir nach Haus [...]*”.

⁶ J. Boscán, “Garcilaso, que al bien siempre aspiraste”, en *Poesía de la Edad de Oro. I. Renacimiento*. Edición de J. M. Blecua. Editorial Castalia, Madrid 1984: 31.

⁷ A. de Saint Exupéry.- Op. cit. (1971): 87. El texto dice: “*He aquí mi secreto. Es muy simple: no se ve bien sino con el corazón. Porque lo esencial es invisible a los ojos*” (traducción del autor).